

PRIMERA PARTE
¿QUÉ PASA EN LA EDUCACIÓN?

I. Las cuatro revoluciones educativas

EL NACIMIENTO DE LAS ESCUELAS: LAS DOS PRIMERAS REVOLUCIONES EDUCATIVAS

¿Qué son las escuelas? ¿De dónde vienen? ¿Por qué están en todas partes? Su historia no es tan larga como muchos podrán pensar. Es una historia que tuvo madre y padre: la religión y el Estado. Ellos crearon las dos revoluciones, dieron a luz a las escuelas y las desparramaron por todo el mundo.

La primera revolución educativa fue religiosa. Sí, las escuelas, tal como las conocemos hoy, se crearon a la sombra de las iglesias. Uno de los secretos mejor guardados de la historia de las escuelas es que nacieron de un combate. Ocurrió en los siglos XVI y XVII. Fue en medio de las guerras religiosas entre católicos y protestantes.

Si otras guerras sirvieron para inventar armas de destrucción masiva, las guerras religiosas lograron crear otro tipo de armamentos, capaces de modificar lo que las personas creen: sus conciencias. Armas de convencimiento, de inculcación, de conversión religiosa.

Pensemos en la escuela como una tecnología que se inventó para convertir a las personas a una religión. Para eso se necesitaba leer la Biblia e interiorizarla. Para leerla había que aprender a leer. Y se necesitaba lograrlo rápida, eficiente y masivamente. ¡Había una guerra que ganar!

¿Cuál fue la receta secreta del éxito de la escuela? Convertir a alguien a una religión requería empezar muy temprano, cuando las mentes son más fértiles y vulnerables. También hacía falta mucho tiempo continuo y gradual, ya que los sentimientos se amasan suavemente en las conciencias. Para lograrlo, no podía faltar una gran autoridad moral que fuera capaz de influir sobre los niños: el maestro.

Entonces nacieron las aulas. Un lugar muy particular. Las aulas reúnen por todo un año a un mismo grupo de alumnos de la misma edad con el mismo docente. Así, éste puede conocerlos a todos. Influir sobre ellos. Cambiarlos. Enseñarles. Las aulas son el gran secreto de las escuelas.

Por último, era necesario verificar el éxito de la misión. Para eso se crearon ejercicios, pruebas, exámenes, mediciones concretas del estado de conocimientos de los alumnos. El examen es el condimento final de esta receta: así el docente puede comprobar si en lo más íntimo de cada alumno se ha logrado la conversión religiosa, objetivo final de aquellas escuelas.

¡Qué aparato más poderoso! La escuela es una maquinaria fabulosa que cambia estados de conciencia, que forma creyentes. Antes que enseñar a ser personas autónomas, la escuela nació para adoctrinar más profundamente, para llegar lejos en los mares profundos de las conciencias.

La segunda revolución educativa fue estatal y explotó en el siglo XIX: ir a la escuela se transformó en una obligación definida por una ley del Estado. Las escuelas comenzaron a estar en todas partes.

Sí, la escuela no nació como un derecho de los alumnos. Nació como una obligación a cumplir con el Estado y la religión. Un deber, una imposición. ¿Cómo iba a ser agradable para los niños? La escuela era, en realidad, un lugar de adultos. Los niños estaban allí para cumplir lo que los adultos habían decidido sobre ellos.

Fue entonces que se creó el currículum como la regulación más profunda y detallada de obligaciones que haya inventado una sociedad. Todas las personas nacidas en un territorio debían ir a unas instituciones llamadas escuelas durante un largo período de sus vidas para aprender una inmensa lista de saberes y conductas obligatorias.

Todos iban a la misma hora a aprender lo mismo. Las escuelas no eran un lugar para la inventiva, la creatividad, la libertad. Y así sería durante un largo período de sus vidas. La infancia pasaba a estar *intervenida* en serie, como una gran fábrica de reproducción de conocimientos.

Pero ¿por qué necesitaba el Estado instalar conocimientos en todas las personas del territorio? Porque el Estado es la suma de sus individuos, llamados ciudadanos. Los alumnos vivían un largo proceso de ajuste a la idea de Nación. Debían conocer los ideales,

las tradiciones, creencias, costumbres, el idioma de cada país. Debían estar convencidos de su nacionalidad, tanto como para defenderla con su vida si era necesario. El siglo XIX fue un tiempo de guerras e imperialismo. La unificación de los territorios nacionales necesitaba de contingentes masivos de defensores de la idea de Nación. En las aulas se creaba y recreaba, cada día al cantar el himno e izar la bandera, un territorio nacional no físico, un territorio colectivo en las conciencias.

El secreto del triunfo final del sistema educativo en el mundo occidental fue su mezcla. Religión y Estado dieron a luz a las escuelas, en un parto que duró cuatro siglos. Gracias al poder de las dos revoluciones educativas las escuelas se masificaron y se tornaron irremediables. Todos debían atravesarlas.

LA TERCERA REVOLUCIÓN EDUCATIVA: LA AUTORIDAD SE DERRUMBA

Y llegó el siglo XX. El siglo de la gran paradoja: cuando más creció la escuela en cantidad de alumnos más se debilitó su poder sobre las conciencias. La cantidad comenzó a erosionar la profundidad.

La máquina que habían creado las Iglesias y el Estado ya había desatado una necesidad social. Todos querían escolarizarse. Eso que era una obligación se sintió también como un abrigo.

Entonces llegó la tercera revolución educativa, sin centro, sin eje: la revolución cultural. La sociedad de posguerra abrió las puertas y desde los años sesenta todas las ideas de autoridad, norma, costumbre y ley comenzaron a cambiar. Este período hasta el fin del siglo XX coincidió con lo que muchos llamaron la “crisis de la educación”, una definición tan amplia que parece interminable hasta nuestro días.

La mejor forma de entender la tercera revolución educativa es mirando la historia del rock. Basta pensar en lo que significó el rock en la vida de los jóvenes. Soltó sus cuerpos, liberó todo lo que encontró a su paso. Fue una verdadera revolución. Progresiva y arrolladora: el rock comenzó a desatarse en los años cincuenta y se diversificó en ritmos, bandas e ídolos por quienes entregar el alma (en lugar de dársela a esa entidad abstracta llamada “Nación”).

El rock es la señal de un mundo nuevo. Un mundo donde los jóvenes pueden ser ellos mismos sin los adultos. Un mundo desencadenado, profano, liberado, horizontal.

En medio de esa revolución mundial comenzó a vivirse una crisis de autoridad moral y pedagógica. Era el fin de una era de intervención casi monopólica del Estado sobre las conciencias de los alumnos. Esa “liberación” no es el fin de las escuelas, sino una nueva época. Un nuevo comienzo. Lentamente y por primera vez en la historia la educación comienza a ser percibida como un derecho, no como una obligación.

La idea del alumno como alguien que tiene una vida propia a respetar se propagó como un virus letal para todas las prácticas de adoctrinamiento, docilidad y pasividad que dominaban la enseñanza. La escuela empezó a verse cada vez más como un refugio en un mundo injusto y despiadado. Un lugar de cuidado y protección. Un derecho.

Pero un derecho desinflado. Su llegada a los sectores excluidos coincidió con un fenómeno central de la revolución cultural: la masificación de la televisión. Las conciencias ya no estaban atadas sólo al medio local inmediato. De pronto el mundo se empezó a ver en las pantallas de televisión.

La publicidad comenzó a permear en las vidas. Ríos de imágenes se metieron en las conciencias. La escuela pasó a ser una máquina cada vez más lenta a medida que crecían la velocidad y cantidad de imágenes que nos rodeaban.

Justo cuando se liberaban las mentes aparecieron nuevas cadenas. La escuela pasó a ser aburrida, pero también un refugio, una contracultura frente a la sociedad de consumo. Una débil corriente de moral en una sociedad sin tiempo para eso.

Todo había cambiado. Cuando triunfaba la educación como derecho también perdía fuerza su capacidad de retener las mentes de sus alumnos en las aulas. Quizás era el precio a pagar por haber sido una condena obligatoria que nunca había dado la palabra al alumno, ni despertado sus pasiones. Que había nacido para inculcar los mandatos de las religiones y las naciones.

Una gran mezcla empezó a vivirse en las escuelas. Un desconcierto fascinante. Algunos docentes sentían el fin de su poder. Comenzaba para ellos la nostalgia de un tiempo pasado que siempre fue mejor. Otros sentían el orgullo de recibir a los alumnos nuevos que llegaban por primera vez, de ver menos sumisión, de poder, por primera vez, pensar que ser docente no era repetir un programa.

Entre 1960 y la actualidad las escuelas se transformaron en todo el mundo. Una gran confusión lo arrastró todo. Fue la confusión de la tercera revolución educativa: la revolución cultural de la televisión, el rock y la puesta en discusión de todas las formas de autoridad tradicionales. Todo en las aulas quedó temblando.

LA CUARTA REVOLUCIÓN EDUCATIVA: INTERNET LO CAMBIA TODO

Cuando estábamos en medio de ese gran torbellino, tratando de encontrarle sentido a las aulas, llegó la cuarta revolución educativa. La revolución que estamos viviendo en tiempo presente. Es la revolución digital, iniciada bajo el imperio de internet y la conectividad cada vez más masiva a un costo cada vez más bajo.

No se sabe adónde nos lleva. Se vive como un vértigo: el mundo va cada vez más rápido. Igual que las pupilas de nuestros alumnos, sumergidas en las pantallas.

Si la tercera revolución había puesto en discusión la autoridad docente tradicional, la cuarta directamente la ignora. Por primera vez se empieza a hablar de una forma de educación que podría reemplazar a las escuelas y a los docentes. Un mundo de autodidactas aprendiendo solos frente a pantallas.

¿Qué es la cuarta revolución educativa? Es una etapa de multiplicación infinita de las fuentes de conocimiento y entretenimiento. Internet abrió la compuerta de un mundo nuevo. Millones de personas pueden por primera vez en la historia de la humanidad crear textos, imágenes, ideas, historias y difundirlas. Todo está conectado, casi sin filtros, casi sin centros.

Internet tiene un efecto tan poderoso en la historia de la cultura como lo tuvo la invención de la imprenta en el siglo XV. Fue entonces que nacieron las escuelas. Cuando se pudo multiplicar el libro y repartir la Biblia, esa fuente de conocimiento y adoctrinamiento que inició la primera revolución educativa, la revolución religiosa.

En la escuela tradicional los docentes debían reproducir los contenidos oficiales. Era el modelo de *broadcasting*: lo mismo al mismo tiempo a todos. La televisión siguió un modelo similar, especialmente hasta la llegada del cable. Eran muy pocos canales y todos miraban lo mismo al mismo tiempo. La escuela y la TV eran medios centralizados, unificadores. Al

día siguiente todos podían comentar, en la escuela y el trabajo, lo que habían visto en la TV o en sus casas lo que habían aprendido en la escuela.

Nuestro tiempo presente es distinto. Demasiado distinto. Se han deshecho los centros, todo sale de todas partes. En internet tenemos acceso ilimitado a los pensamientos de los demás. Las influencias sobre las conciencias son fragmentarias y sueltas. Wikipedia es el gran símbolo de esta época: una enciclopedia creada por millones de personas y modificada incesantemente.

Todos crean, todos comparten. Un video casero armado por un alumno nuestro puede tener varios millones de visitas. Podemos conectarnos en un instante con alguien en el otro extremo del mundo. Incluso hay revoluciones políticas que nacen desde el poder de comunicación y contagio que brinda internet.

Vivimos a un clic de distancia de todo. De clases fantásticas, obras de arte, museos virtuales, documentos históricos, casinos virtuales, toneladas de pornografía, personas que no veíamos desde nuestra infancia, bases de datos que pueden hacer ganar millones y todo tipo de consumos que nos dejan horas y horas tendidos ante las pantallas.

La red crece de forma incansable. En 2012 se produjeron más cantidad de bits de conocimiento que en toda la historia previa de la humanidad. La información se vuelve ilimitada, incontrolable y cada vez más barata. El precio promedio de un gigabyte de memoria en 1981 era 300 mil dólares, en 1990 había bajado a diez mil, en 1997 era cien dólares, en 2002 bajó a diez dólares, en 2012 ya era de apenas 0,10 centavos.

Estamos cerca de un destino digital. Pronto todo hablará un solo "idioma". Los libros, la música, las películas, las imágenes, todo lo que hayamos escrito. Está pronto el fin de los medios que conducían por separado estas formas de expresión de la cultura: están desapareciendo los diarios, los libros, las revistas, los CD, los DVD, la televisión, la radio.

Un ejemplo: Google está digitalizando los libros. Ya digitalizó más de 20 millones. Se calcula que hay unos 130 millones de libros únicos creados por la humanidad. Para fines de esta década del 2010, Google estima que logrará digitalizarlos a todos. En poco tiempo todo esto estará vertido en la web y lo veremos y "sentiremos" en una sola pantalla unificada. Será la gran convergencia digital.

¿La escuela también será parte de esta conversión a lo digital? ¿Se mudarán sus contenidos, sus alumnos y sus docentes a una interminable plataforma virtual? ¿Quedarán

vacíos los edificios, como señales de un mundo pasado, como libros en una biblioteca que nadie jamás volverá a visitar si no es como un museo de la historia?

¿Será el fin de todo centro, toda autoridad, toda propiedad del saber? Si todo está a un clic de distancia, ¿para qué necesitaremos de las escuelas?

¿Será la etapa final de los docentes, meros reproductores de conocimientos elaborados por otros? ¿Habrá llegado un nuevo reino “educativo” conducido por aquellos que dominan los lenguajes digitales, los programadores, las empresas tecnológicas, los hackers, los tecnófilos? ¿Serán ellos los ciber-docentes del futuro?

Este libro es un intento desesperado de hacer sentido en un contexto desbordante, arrasador y en fuga permanente, que nos dispersa y nos supera. Es un intento hacer de estas preguntas caminos para repensar la educación. No hay derrota posible si hay preguntas. Estamos a tiempo. Pero el reloj corre rápido.

¿VALE LA PENA IR A LA ESCUELA?

Imaginen por un instante lo que significó la llegada de la escuela en los poblados rurales del siglo XVI en Prusia. No había televisión, ni radio, ni cine, ni diarios. De pronto aparecía una voz divina, el maestro, que traía la cultura. De pronto los niños quedaban enceguecidos ante las letras. Era la primera vez que veían un libro. Todo lo que leían era una revelación. El mundo se abría ante sus mentes en el momento que entraban en la sala de clases.

Ahora volvamos la mirada al presente. Antes de ir a la escuela un niño de apenas cinco o seis años ya ha visto mil o dos mil horas de televisión. Los más grandes pasan sus horas mezcladas en cuatro pantallas: la tele, la compu, el celu y los videojuegos. Han visto centenares de cuerpos asesinados derramar sangre. Han visto revueltas populares, hambre y terremotos mientras tomaban la leche y pasaban de canal buscando su comedia favorita.

Llegan atiborrados de mundos a las escuelas. Han visto más de lo que sus ojos pueden contener.

Las aulas los reciben con sus viejas tecnologías: un pizarrón, una carpeta, un libro de texto. Para ellos es como entrar en un sótano. Un submundo en blanco y negro. Lento,

interminable, en una sola dimensión, dominado por la cultura escrita, lleno de horarios y prohibiciones. Para ellos es una gran pausa que les obligan a hacer antes de volver a sumergirse en sus pantallas.

Esa gran pausa, llamada escolarización, se vive de forma contradictoria. Se sufre, no se soporta. Por las mañanas no quieren levantarse para ir a la escuela. Pero también saben que la necesitan, que allí están sus docentes, que los protegen y buscan lo mejor para ellos. Que allí están sus compañeros, su mundo social.

La experiencia de ir a la escuela se siente rara para los alumnos. Ni ellos ni sus familias quieren abandonar. Saben que algo valioso sigue pasando allí. En medio de esos sótanos llamados “aulas”.

Saben algo que las estadísticas demuestran. Cuantos más años van a la escuela los niños, más larga y saludable será su vida. Tendrán mejores trabajos e ingresos. Podrán planificar mejor cuántos hijos tener, los cuales nacerán con mejores condiciones de salud y cuidado.

Los que más tiempo vayan a la escuela tendrán más futuro, más opciones en la vida, podrán viajar, recorrer el mundo real, tener más acceso a diversas culturas. Y tendrán más aprendizajes, más capacidades, más conciencia crítica para actuar en este mundo que los rodea.

También el impacto de la educación en la sociedad sigue siendo inmenso. Una mejora del 10% en los logros de aprendizaje de los alumnos podría generar un crecimiento constante del 0,87% del PBI.¹

Ir a la escuela significa todo eso. Aún hoy, devaluada, desprestigiada. Como un viejo lobo estepario oculto en la selva social, la escuela sigue siendo un factor crucial de transformación personal. Por eso nadie quiere perdersela. Ésa es la paradoja: ir cada día a clases puede resultar insoportable, no hacerlo es mucho peor.

Este libro intenta aportar desmalezadoras para desarmar esa paradoja. Para disfrutar el día a día de las aulas. Para cambiar con mucha más potencia la vida de las nuevas generaciones, para ayudar a entrar en el jardín secreto del conocimiento a millones de alumnos y docentes.

Algunos ven en la tercera y cuarta revoluciones educativas el fin de las escuelas. La liberación de la revolución cultural y el acceso al infinito conocimiento de la revolución digital harían inaguantable e innecesario el ir a la escuela.

Yo veo otra cosa. Veo el poder latente de las cuatro revoluciones educativas. Hoy están desgajadas: la primera y la segunda juntas resistiendo, la tercera y la cuarta aliadas en el ataque.

¿Qué pasaría si pudiésemos diseñar un aula, una escuela, un sistema que junte las cuatro revoluciones educativas? ¿Cuánto pueden llegar a valer esas aulas, una vez revividas? ¿Cuánto puede cambiar nuestra vida, nuestro mundo? Los invito a averiguarlo.

¹ Baudelot, C. y Leclercq, F. (2008), *Los efectos de la educación*, Del Estante, Buenos Aires. Cabrol, M. y Székeli, M. (2012), *Educación para la transformación*, BID, Washington.